

SEÑOR DIRECTOR

SENHOR DIRETOR

MR. PRINCIPAL



Autora:
Lygia Fagundes TELLES

TRADUZIDO POR:

Ayda Elizabeth Blanco ESTUPIÑÁN
Profesora
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia
Facultad de Educación
Escuela de Idiomas
Tunja, Boyacá, Colômbia
<http://lattes.cnpq.br/4262578373844034>
<https://orcid.org/0000-0003-0417-115X>
ayda.blanco@uptc.edu.co

1

Resumen: El presente texto propone la traducción del portugués al español del cuento “Senhor Diretor”¹ de la escritora brasileña Lygia Fagundes Telles, publicado por primera vez en el libro *Seminário dos ratos* (1977). El objetivo principal de la traducción es contribuir a la difusión de la obra cuentística de la autora en Hispanoamérica, dado que, a pesar de su grande relevancia y amplio reconocimiento literario, no se cuenta con traducciones de esta al español.

Palabras clave: Cuento; Lygia Fagundes Telles; Literatura brasileña; Narrativa; Traducción.

Resumo: O presente texto propõe a tradução do português ao espanhol do conto “Senhor Diretor” da escritora brasileira Lygia Fagundes Telles, publicado pela primeira vez no livro *Seminário dos ratos* (1977). O objetivo principal da tradução é ajudar à difusão dos contos da autora na América Hispânica, pois apesar da sua grande relevância e amplo reconhecimento literário não existem traduções desses ao espanhol.

Palavras-chave: Conto; Lygia Fagundes Telles; Literatura brasileira; Narrativa; Tradução.

Abstract: The present text proposes the translation from Portuguese into Spanish of the short story “Senhor Diretor” by the Brazilian writer Lygia Fagundes Telles, published for the first time in the book *Seminário dos ratos* (1977). The main objective of the translation is helping with the diffusion of the author's short stories in Hispanic America, because despite their great relevance and wide literary recognition, there are no translations of these into Spanish.

Keywords: Short story; Lygia Fagundes Telles; Brazilian literature; Narrative; Translation.



Este é um artigo em acesso aberto distribuído nos termos da Licença Creative Commons Atribuição que permite o uso irrestrito, a distribuição e reprodução em qualquer meio desde que o artigo original seja devidamente citado.

This is an Open Access article distributed under the terms of the Creative Commons Attribution License, which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original article is properly cited.

La presente traducción del cuento “Senhor Diretor” tiene el propósito fundamental de contribuir a la difusión en Hispanoamérica de la obra cuentística de la escritora Lygia Fagundes Telles (São Paulo, 1923-), primera autora brasileña nominada al premio Nobel de Literatura y ganadora de los premios Camões (2005) y Jabuti (1973 y 2001), entre otros, por su notable producción literaria. A pesar de que la obra de Fagundes haya sido adaptada a la televisión, al teatro y al cine, y haya sido traducida a diversos idiomas (alemán, español, francés, inglés, italiano, polonés y sueco) no se cuenta con la traducción ni publicación de sus cuentos al español de América.

En el proceso de traducción del texto no surgieron muchos inconvenientes en cuanto a la adecuación del texto al español; sin embargo, la mayor dificultad de traducción del cuento radica en lograr la naturalidad del habla y flujo de pensamiento del personaje principal.

2

Sequía en el Nordeste. Inundación en la Amazonia —leyó María Emilia en el titular del periódico sujetado con pinzas de ropa en los estantes del quiosco. Desvió la mirada severa hacia la portada de la revista con la joven en bikini amarillo al frente, él por detrás, abrazándola a la altura de los senos desnudos, aplastados por los brazos velludos. Estaban mojados, como si hubiesen salido juntos de la ducha. Serios. ¿Por qué todas esas fotos obscenas tenían ese aire agresivo? Juntos como unos animales. Y brillantes, escurriendo agua oleosa, desde Sodoma y Gomorra los aceites y ungüentos perfumados formando parte de las orgías. Hasta la mantequilla, ¡imagínese!, la inocente mantequilla. Una audacia de Mariana contarme el episodio de la mantequilla, aquella indecencia que vio en un cine en París². Y riéndose a carcajadas, ¡fue tan gracioso, Mimi, él bailando tango con los pantalones abajo, tan cómico! Y me confesó que vio la película dos veces para entender mejor esa parte, la muy tonta. ¡Es el colmo! ¡Contó que apareció una marca de mantequilla que aprovechó para hacer su propaganda, funciona con o sin sal! Tres años mayor que yo, sesenta y cuatro y medio. Y deleitándose con la escena de un anormal pidiendo mantequilla. ¿Cómo pueden permitir las autoridades tamaña burla? Qué falta de respeto. De pudor. Si una mujer de sesenta y cuatro años y medio se deja llevar como una hoja por el viento, ¿qué decir de los jóvenes? Cielos, cielos, los frágiles jóvenes sin estructura, sin defensa, viendo esas películas. Esas publicaciones. La televisión es otro foco de inmoralidad. Anuncios muy sucios, una afrenta. Hoy mismo escribiría una carta al *Periódico de la Tarde*, una carta redactada en términos

educados. Suspiró. Todavía existen personas educadas, pero que también (endureció el rostro) pueden encolerizarse. Señor Director: antes que nada y sobre todo quiero presentarme, soy una profesora jubilada, paulista³, soltera. Un momento, soltera no, ni pensar, ¿para qué informar mi estado civil? Basta con decir eso, una profesora paulista que se tomó la libertad de escribirle porque a nadie más se le ocurre exponer su repudio, más que repudio, su horror frente a ese espectáculo que nuestra pobre ciudad nos obliga a presenciar desde el mismo instante en que ponemos un pie en la calle. ¿Un pie en la calle? El asunto ya invadió la intimidad de nuestros hogares, no tengo hijos, es lógico, pero si los tuviera estaría desesperada, esa manía de iniciar a los niños en cuestiones de sexo, esos libros, esos programas infantiles, Señor Director, y esos programas que corrompen a nuestros niños inocentes. ¡Y aquella película con la mantequilla! Un momento, espere, eso no: digo que la televisión se está exorbitando, de una manera general, con la imposición de la estupidez y digo que me resistí a comprar un televisor, Señor Director. Pero estoy sola y, a veces, la soledad. La peligrosa soledad. Pero me mantengo vigilante (se irguió, levantó la cabeza) para que no suceda conmigo lo mismo que ocurrió con Mariana, tan fina, tan hacendosa. De una familia tradicional, de una de las mejores de San Pablo, y mírela. *Fue un viaje espléndido. Hice lindas compras pero ya es hora de regresar porque mi pantalón ya perdió el quiebre*, escribió en una postal que me envió desde Manaos. El pantalón perdió el quiebre y ella, la vergüenza. Sesenta y cuatro años y medio. Quien la viera podría pensar que es una joven contrabandista. Espere, joven no, a las jóvenes no les importa el quiebre del pantalón, es una vieja que tiene miedo de parecer desactualizada. Entonces cuenta indecencias, dice ¡hola! al teléfono y usa los pantalones pegados al *derrière*. Solo le falta usar esas camisetas con cosas escritas en la espalda. Qué miedo, Señor Director. Qué miedo. Yo también tengo miedo de envejecer, es duro envejecer, lo reconozco. Pero, ¿y el orgullo? Apretó el bolso contra el pecho y lanzó una mirada alrededor. Mi cabello se encaneció, mis dientes se oscurecieron y mis manos, Señor Director, estas manos que —era bien sabido— fueron siempre lo más bello que tuve. Miró sus manos enguantadas. Menos mal que estaban enguantadas.

—¿Señora, me da permiso? —dijo el vendedor de periódicos al desfijar del estante la revista con la pareja que escurría agua.

Ella se alejó con una mirada desaprobadora hacia la muchacha ojerosa, que masticaba chicle: quiero la revista y también el libro de cómics, “esa de ahí”, dijo y entre los dientes el chicle se infló rosado hasta estallar en un ¡pluf! María Emilia volteó rápido la cara de disgusto, ahí está. Ya estaba escribiendo otra carta, ¡por Dios!, no debía mezclar los temas, la vejez es otro asunto, ahora tenía que concentrarse en esa onda de vulgaridad sofocante que contaminaba

hasta las piedras. La polución también quedaría para otra ocasión, lo que interesaba era denunciar la polución del alma. Mariana, por ejemplo. Está soportando bien el aire, incluso está saludable, a pesar del asma, pero ¿y por dentro? ¿Resistir, quién puede? Una ilusión gemía por doquier⁴ —¿gemía o lloraba? Tiempo de sentimiento. De poesía. Ahora el tiempo se redujo a detergentes lavalozas, desodorantes para el cuerpo, qué cantidad de propagandas de desodorantes. Como si el jabón no fuera suficiente. Mariana escuchaba la publicidad en la TV, en la radio, entraba en los supermercados y compraba de todo, incluso las pastillas homeopáticas para el exceso o la escasez, pero Mariana, querida, ¡ya hace tiempo que entraste en la menopausia! Ella se rio, Dios mío, claro, ando confundida con tantas órdenes que dan, ¡terminé distrayéndome! Uno de estos días me vas a decir que fue lanzado el ser biónico para damas y caballeros solitarios, salió en la TV, ¡Mimi, hacen de todo con nosotras! Portátil. Electrodomésticos. Electrochoques. A veces pienso que se está volviendo loca, que todos nos estamos volviendo locos. Que nos estamos alejando cada vez más de un planeta de paz y aproximándonos rápidamente a un planeta de aflicción, de violencia (esta es una buena idea) y entonces, Señor Director, es necesario alertar a la comunidad, alertar a las autoridades, tenemos que neutralizar esa influencia perversa. Usted, yo —la élite puede salvarse. Pero, ¿y los demás? Cuando fui en bus a Brasilia, ¿no me dejé engañar como a una niña tonta? En todos lados el mismo anuncio, ¡Beba Coca-Cola! ¡Beba Coca-Cola! En las carreteras, en las ciudades, en los árboles y en las fachadas, en los muros, en los postes, hasta en el baño de cafeterías perdidas en el quinto infierno, la orden ¡Beba Coca-Cola! Y yo entonces —¡ay de mí!— con toda la aversión que le tengo a esa gaseosa, pensando en pedir guaraná o una tónica con limón, con aquel calor y aquel cansancio, llegué al mostrador y pedí una Coca-Cola helada. Desperté del atontamiento tragándome aquella cosa marrón con sabor a jabón de tren, había un tren (hace tanto tiempo, Señor Director) con ese jabón redondo y negro, colgado de la cadenita del sanitario. Mi padre me ayudaba a enjabonarme las manos, yo era una niña crespita pero incluso hoy siento el olor de aquella espuma. Imagínese si mi padre estuviera vivo y supiera lo que sucedió en el Teatro Municipal, un muchacho subiendo al palco y haciendo sus necesidades allí sobre los adornos dorados, ¡bajo la mirada de Carlos Gomes, de Verdi! Espere, es mejor omitir esa parte, más objetividad: insistir apenas en eso, en el peligro de esa propaganda que, bien dirigida, puede torcer un destino como aquel mago que torcía cubiertos. La orden de tomar Coca-Cola corresponde de cierto modo a esa orden de hacer el amor, ¡Haga el amor, haga el amor! Un día llegué a tener una visión cuando, en lugar de la botellita escurriendo agua en el anuncio, vi un falo en el fondo rojo. Erecto, espumeando en el cielo de fuego —horror, horror,

4

yo nunca he visto ningún falo, pero ¿uno no acaba haciendo asociaciones de ese tipo? Y los santos, cielos, ¿cómo se estarán defendiendo los que tienen vocación para la santidad? Es necesario tener piel de cocodrilo para soportar tamaño impacto. Y esta pobre piel tan delgada a pesar del tiempo, aún conservada en las partes cubiertas. ¿No fue en el periódico donde Mariana leyó (la fascinación que tiene por los periódicos amarillistas) lo de aquel muchacho? Qué monstruosidad, el muchacho que agarró una botellita de Coca-Cola y se la metió casi entera por ahí adentro a la muchacha, horrible, cuando llegaron al hospital ella ya estaba agonizando. ¡¿Pero, por qué hizo eso, monstruo?! Preguntó el comisario y él respondió llorando a gritos que no sabía, no sabía, solo recordaba que una vez había leído en una revista que en Hollywood, en una fiesta de tres días, un artista le metió una botella de champagne a la novia cuando tampoco logró hacerlo naturalmente. Me acordé de eso solo por acordarme, ideas extravagantes.

Se asustó con el bocinazo de un carro que pasó junto al andén, levantando polvo, ¿Es necesario tocar así la bocina? Se aproximó nuevamente al quiosco y recorrió con una mirada incierta el periódico sacudido por el viento. ¿Y si fuera a leer tranquilamente en la plaza? Pero la plaza debía estar tan sucia, ¿qué placer podría encontrarse en una plaza así? Ese era un buen asunto para la carta, la suciedad de nuestros jardines, el único problema es que quedaría demasiado larga. Y quería ser breve. Pero es difícil ser breve, Señor Director. Tan difícil.

El Nordeste padece una fuerte sequía que ya destruyó más del 90% de la producción agrícola, mientras que la Amazonia sufre el flagelo de las inundaciones con la llegada de las lluvias —leyó María Emilia. Desesperación en la escasez. Desesperación en el exceso. Yo no tuve ninguno, pero Mariana exageró: tres maridos, sin contar los amantes. Sangre caliente. Si hubiera podido hacerse otra cirugía plástica, lo habría hecho, pero el Doctor Braga había sido enfático, si se opera, se muere en la mesa de cirugía, el corazón no le aguanta, ¿me está entendiendo? Entendió. Menos mal. ¿No le pasó a Elza? Otra víctima de la publicidad, la querida Elza. Criticaba tanto la efusividad de Mariana, alardeaba de aceptar la vejez con resignación, la pobrecita. Pero escuchó tanto sobre las reinas y las estrellas de cine haciéndose de todo para rejuvenecerse el rostro, que acabó convenciéndose, era tan influenciable. El teléfono sonando a la madrugada, Doña María Emilia, quería avisarle que el entierro de la abuela es a las nueve, sabemos que eran tan amigas. ¡¿Pero, entierro de quién, Dios Santo?! ¿De Elza? ¿Elza murió? ¡No, Elza no! Estuvimos juntas hace dos días, ¡ estaba espléndida! ¿Síncope? ¿Síncope cardíaco? Aún en medio del llanto, sentí la reticencia del nieto, llegué a pensar en un absurdo, ¿se había suicidado? Entierro a las nueve. Cuando me agaché sobre el

ataúd lo entendí todo, la pobre, la pobrecita con la cara toda pincelada de mercurocromo. Murió durante la anestesia, cuando el tal médico con nombre de animal, ¿cómo era?, bueno, cuando él ya se preparaba para los primeros cortes. ¡Imagínese operar a una vieja! Elza tenía seguramente seis años más que yo. Pero, ¿acaso es prohibido envejecer? Otro punto importante, Señor Director, debería haber alguna regulación, esas viejas operándose por ahí, ya con inicios de esclerosis. Ni agonizantes se escapan, ¿se acuerda de la prima de Leal que tenía esa enfermedad? Un mes antes de morir a la pobrecita se le ocurrió estirarse la cara y el médico sabía, carnicero. El consuelo es que murió bastante rejuvenecida, me dijo la tonta de Mariana en la misa.

6 ¿Un cine? Miró el cielo azul pálido. Puro. Una lástima cambiar aquella tarde por una sala oscura, pero ¿a dónde ir si no? ¿Por un té? ¿Habría todavía alguna confitería decente por allí? Se quedó mirando, crispada, al hombre de cabellos alisados que se acercó para examinar de cerca el afiche a color en el estante inferior del quiosco. Usaba brillantina y sin verle la cara podía adivinarle la indecencia en sus ojos legañosos (tenían que ser pequeños y legañosos) pegados al bikini de la pelirroja sentada en una silla, empinando los pezones con los senos duros. Botas, sombrero de vaquero, un revólver en cada mano. Y el bikini rojo tan apretado entre las piernas que el montón de pelos aplacados se veía nítidamente debajo del satín, más expuesto que si no tuviera nada encima. Mire eso, Señor Director. La imagen de la mujer-objeto, como dicen en el grupo feminista. Mujeres inteligentes, cultas, casi todas universitarias. Pero, Dios del cielo, si fueran más recatadas. Más discretas. Reivindicar tanta cosa al mismo tiempo, ¿tanto cambio al mismo tiempo no es perjudicial? Un ataque a nuestras raíces, creo que están corriendo demasiado rápido. A su edad yo ni pensaba, por ejemplo, en esa palabra, *prostituta*. Y justo una de ellas se levanta y comienza a defender la profesión, creí no estar entendiendo bien, ¡*profesión!* Y la joven allí, de carne y hueso, necesité pellizcarme, ¿estará despierta? Hasta tenía un airecito de secretaria de una de esas firmas americanas, un perfil mimado que me hizo recordar a una antigua compañera del Des Oiseaux, Carola, que murió antes de nuestra primera comunión. Juro que me esforcé por comprenderla, por participar de su cólera, estaba colérica por una serie de cosas deplorables que la policía hace con esas mujeres. Entonces intenté solidarizarme con su cólera y descubrí que estaba furiosa con ella, por Dios, ¡qué absurdo! ¿Será que puede escoger otro oficio? Garantizar su libertad profesional, ¡qué exageración! Cuando la abogada de gafas se levantó, respiré: el tono de la discusión va a subir, pensé, y eso que al principio ella estaba bastante tranquila cuando hizo la exposición sobre las raíces históricas de la condición de la mujer, esa expresión tan noble,

condición de la mujer. Y de repente empezó a hablar del clítoris, porque el clítoris esto, porque el clítoris aquello... Y con hombres presentes, yo no sabía dónde meter la cabeza cuando ella contó no sé qué de unos países donde le hacen una incisión al clítoris de la mujer para que no pueda sentir ningún placer, el sexo convertido en agujero —un simple instrumento para la penetración. Y dio otros ejemplos igualmente horribles. Estoy de acuerdo, qué prácticas tan crueles todas esas. Pero, ¿traerlas a la discusión? Quise disimular, demostrar que no estaba impactada, pero cuando me di cuenta estaba aplaudiendo más que las demás, siempre me sucede que, por timidez, por miedo escénico, termino entrando en el juego. Si hubiera seguido frecuentando ese grupo iba a acabar como Mariana, usando jeans y con los dedos llenos de anillos. El tema de la mesa redonda, ahora que lo recuerdo, eran los crímenes contra la mujer. ¡Yo denuncio, yo denuncio! —repetía una muchacha con vestido de encaje, embarazada y defendiendo el derecho al aborto, había sido violada en plena calle y ahora atacaba hasta al Papa. Dios me perdone la herejía, pero en casos así tan extremos ¿quién sabe si no sería más aconsejable alguna medida para interrumpir la gestación? Sentí mucho pesar, ¡Yo denuncio, yo denuncio! repetía con los ojos llenos de lágrimas, pero, al mismo tiempo, ¿aceptar el aborto? —¡oh!, esa palabra tan fuerte. Quedé deprimida, pensando en mi mamá, a ella no le hicieron la tal incisión pero nunca sintió el menor placer. Y tuvo ocho hijos. Ocho. Cuarenta años de matrimonio sin el menor placer: un agujero silenciado. Pero ya me estoy yendo por otro camino, qué difícil, Dios del cielo, decir exactamente lo que se quiere decir, tanta cosa que se le viene a uno a la cabeza. *La Forma, fría y espesa, es un sepulcro de nieve... Y la Palabra pesada sofoca a la Idea leve* —escribió Olavo Bilac, en *Inania Verba*. Mi poeta favorito, Señor Director, siempre me gustó la poesía. Incluso declamaba. ¿Y si al final, a guisa de quien pide disculpas, transcribo esos versos? No, espere, volvamos al principio, Señor Director: antes que nada y sobre todo quiero presentarme, soy profesora. Paulista. Jubilada. Paulista jubilada, mire qué tontería. Soy profesora, jubilada. Con dos profundas arrugas en medio de las cejas de tanto fruncir el ceño a causa de las niñas, no voy a escribir eso pero me acuerdo muy bien cuándo empezaron esas arrugas, al querer controlar al grupo de niñas que llegaban como un río espumante, cubriéndolo todo, con gran fuerza, una clase tras otra, una después de otra —¿por qué me hacen pensar en un río sin principio ni fin? Me quedaba sin voz de tanto pedirles silencio, la garganta adolorida. Entonces las miraba con esa cara y ellas se iban calmando, durante algunos minutos sentían miedo. Para luego recomenzar la algarabía, con sus pechos forzando el delantal, excitadas, húmedas, explotaban especialmente en el verano. Yo evitaba rozarme con ellas cuando regresaban del recreo, con su fuerte olor ácido a sudor y polvo,

masticando todavía el plátano, o el pan con mantequilla. Los gritos, las risas, la rabia —todo junto. Al final del año se despedían llorando, me daban flores. Todas me olvidaron. La marca solo me quedó a mí, en esta forma mía de mirar a las personas, vigilante, desconfiada. La verdad es que yo tenía miedo de ellas como ellas tenían miedo de mí, pero su miedo era breve. El mío era largo, Señor Director. Tan largo.

Lanzó una última mirada hacia el quiosco de revistas, donde el señor de los periódicos se pasaba un palillo por los dientes y conversaba con el hombre de la brillantina. Una dama altiva muy distante de toda esa frivolidad —debían haber pensado los dos cuando pasó frente a ellos, pisando con firmeza, emocionada con la propia distinción. Se fue yendo por el andén, iluminado por el sol, ¿No es una belleza ese sol? Se llevó la mano a la solapa del abrigo para cerciorarse, la camelia todavía estaba allí. Una pequeña extravagancia, Señor Director, hoy es mi cumpleaños y como el domingo estaba tan azul, quise vestir esa flor. Mi estilo es sobrio, mi peinado es sobrio. Una sobria señora que se permitió usar una flor. ¿Puedo? Dejó que los labios se distendieran en una sonrisa discreta que la hizo pensar en la Gioconda, tenía una réplica en el anaquel, su sonrisa era así, reticente, madura de sabiduría (apretó los ojos) e inabordable. Debía ser una mujer, la Gioconda. Entrando en la vejez (posó con más firmeza) pero intacta. Apretó el bolso debajo del brazo y cruzó suavemente las manos a la altura del pecho, como si estuviera ajustando un chal, de largas puntas (relajó los dedos) colgando — pero ¿qué significa eso? Borró la sonrisa. Esa mujer de la minifalda, caminando insinuante con el hombre de gafas oscuras. Varices en las piernas. Y la muy inconsciente con esa faldita mostrando ridículamente el elástico de la media, ¿y la policía? ¿Acaso no existe la policía en este mundo? Detrás, una pequeña prostituta (¿catorce años?) apenas sosteniéndose en los zapatos de gruesa plataforma de corcho, los pesados párpados con purpurina verde. A su lado, un viejo con perfil de cazador —Dios Santo. ¿Dónde está el juzgado de menores? A pleno día.

Un trozo de papel higiénico azul salió del montón de basura de la esquina en un vuelo progresivo, ondulante en el viento inesperado. Ella se desvió rápida y la serpentina se enredó en el tobillo del hombre que venía un poco más atrás, descascarando una mandarina. El hombre iba arrojando las cáscaras por todos lados, sembrador alegre. Realizado. Cuando la alcanzó, con un movimiento de cabeza ella le señaló la caneca metálica, amarrada al poste: *San Pablo es una ciudad limpia* —estaba escrito en la caneca casi vacía. El hombre escupía las semillas con fuerza, como un niño compitiendo con otro a ver quién escupía más lejos. Es responsabilidad de la alcaldía, Señor Director, elaborar urgentemente un proyecto de educación para esas personas que tienen la edad mental de aquellas niñas que fiscalizaba cuando salían

del baño. ¿Descargó la cisterna? Preguntaba. Y con cara de inocencia y de susto ¡Ay, se me olvidó! ¿Será que soy la única en medio de esta multitud que se preocupa? ¿Nadie más se molesta? Paró desesperanzada en la esquina. Subió la mirada por encima de los carros hasta el inmenso afiche del cine al otro lado de la calle. ¿Película nacional? Nacional, claro, si tiene cama, una mujer con cara de placer y un hombre en ropas menores, solo puede ser una película brasileña, una verdadera afrenta, increíble, ¿cómo es que la censura lo permite? No, la carta sería sobre la basura, nada de revolver los asuntos, la suciedad interna, Señor Director, esa es peor que la basura atómica porque no se lava a punta de cepillo. Aceleró la marcha, tenía que haber otro cine más adelante, esperaría el anochecer en otro cine. Les agradezco mucho, queridos, pero hoy ya tengo otro compromiso con un grupo de amigas, van a ofrecerme un té, ¿no hay problema si nos reunimos otro día? Los sobrinos se quejaron, se molestaron, y mucho, oh, pero que tía tan desagradecida, todos los sobrinos presumiendo el día de su cumpleaños. Y muy en el fondo ¿no habrían sentido la maliciosa alegría de quien puede tomarse la tarde libre? Y sin remordimiento, pues fue ella la que no aceptó la invitación ¿verdad? Ahora estaba allí, rodeada de gente por todos lados. Y aún más sola que si estuviera encerrada en su cuarto, donde los objetos le fijaban la memoria ya en el rango de la incertidumbre, cachivaches. Retratos. Qué ganas de regresar rápido, pero no, había salido con un plan, No puedo porque me comprometí con mis amigas. Las amigas. Eleonora, con la cadera fracturada, la pobrecita. Mariana, confundiendo en alguna mesa, la cabeza ya no le sirve ni para un siete y medio y se le ocurrió aprender bridge, ¿no está de moda? Beatriz, lidiando con la bandada de nietos mientras la nuera ya está en el octavo mes. Y Elza estaba muerta.

Al final de la cuadra, un cine más pequeño exhibía afiches con escenas de cazadores en un safari. Se interesó en la foto de la rubia siendo atacada por un cocodrilo mientras el cazador (pero qué hombre tan guapo) era pisoteado por un jabalí. Menos mal. El portero le informó que la película había empezado hacía rato, ¿tal vez preferiría entrar a la próxima función? Agradeció pero no podía esperar, la temperatura estaba bajando, dentro de poco llegaría el invierno con su llovizna y había olvidado el paraguas. También olvidé el mío, dijo él y ella lo miró más detenidamente, ¿Gentil, no? En medio de la invasión de los bárbaros aún quedaban algunos habitantes de la aldea, raros, sí, completamente derrotados (la ropa del portero estaba desteñida) pero conservando el sentimiento de respeto hacia el prójimo, no, no pedía amor pero al menos respeto. Bajó la escalera apoyada en el pasamanos. Y con la mirada de él encima, tan atenta, podría incluso jurar que la seguía, ¡Cuidado con los escalones! Entró emocionada en la calidez de la sala oscura. Poca gente. Puso el bolso sobre las piernas, soltó el botón del cuello

de la blusa y se puso los anteojos. En la pantalla, un barbudo de cabello crespo espiaba entre el follaje a una rubia que había ido a nadar desnuda en la laguna.

Hundiéndose en la poltrona mientras la rubia emergía del fondo en dirección al hombre, Dios Santo, ¿aquí también? Fijó la mirada en la pareja abrazada en la fila de adelante. Se besaban con tanta furia que el sonido pegajoso era más nítido que el ruido de los cuerpos aplastando el follaje en la pantalla. Más adelante, otra pareja que acababa de llegar ya se atacaba jadeante, la mano de él buscando por debajo de la ropa de ella —¿encontró? Encontró. Podía sentir el aliento ardiente de los cuerpos sacudiéndose tan intensamente que todas las sillas de la hilera comenzaron a sacudirse al mismo ritmo. Se encogió. Hechos unos animales. Lo mejor era no poner atención, pensar en otra cosa, ¿qué cosa? El titular, tenía una memoria excelente, en el colegio podía repetir una página entera después de leerla solo dos o tres veces, *El Nordeste pasa por una fuerte sequía, por una fuerte sequía* pero dónde está, el acomodador, ¿ya no existe? Eran tan atentos, encendiendo como luciérnagas sus linternas en la cara de los indeseables, ¿No va a clarear? Si al menos clareara. Apretó con fuerza el asiento y el cuero de la poltrona le pareció viscoso, ¿Semen? Se puso los guantes y juntó las piernas. Señor Director: antes que nada y sobre todo, quiero presentarme, soy una profesora jubilada. Paulista. Virgen. Cerró los ojos, virgen, una verdadera virgen, no debería escribirlo, pero ¿no era un dato importante? Soltó el segundo botón, ¿la blusa se había encogido con la lavada o el cuello estaba más grueso? Se sintió desaliñada, descompuesta, déjeme quedarme así, está oscuro, nadie me está poniendo atención, si ni siquiera en la claridad me ponen atención, ¿a quién le importa?, ¿a quién? ¿Y si lo correcto fuera eso que está sucediendo allí? Ese gozo, esa húmeda alegría en los cuerpos. En las palabras. Ese respirar espumeante como el del río de aquellas niñas, aquellas alumnas mías que eran como un río, intentó detenerlo con su voz ronca, pero el río con sus desvíos se desbordó inundándolo todo, camas, casas, calles... ¿Y si lo normal fuera el sexo alegre de la muchacha suspirando en esa poltrona? ¿No fue hecho para eso? Virgen, Señor Director. Qué sé yo de ese deseo que hierve desde la Biblia, todos relacionándose y reproduciéndose y relacionándose y reproduciéndose, hombres, plantas, animales. Mamá tenía mucho miedo del sexo, heredé ese miedo, tan extrovertidas, tan sueltas, ¿será que son así o fingen? Ningún pudor, hablan de todo. Hacen de todo. Mi vergüenza cuando me quejé con mi mamá y la vergüenza de ella cuando me llevó a la médica, solo una mujer podía examinar mis partes, bajaba la voz cuando decía *partes*. Mi hija está con un poco de flujo, dijo e hizo aquella cara de infelicidad. Endurecí las piernas cuando el dedo enguantado me tocó y recordé a mi mamá diciéndole a la abuela que ella cumplía con sus deberes de esposa sin ningún placer hasta

el amargo final. ¿Hasta el amargo final, mamá? La fuente de su sufrimiento era la misma por la cual ahora corría aquel flujo. Intenté relajarme en aquella espantosa posición (usted está tan rígida, niña, parece de hierro, relájese que no la voy a lastimar) y miré a mi mamá. Ella estaba ahí como una estatua lacrimosa, apretando solidaria mi mano. Ya está, puede ponerse la ropa interior, ordenó la voz entre mis piernas. Nada grave, señorita, usted tiene *flores-blancas*, a veces las vírgenes las padecen. Las flores-blancas se secaron, Señor Director, también esas se fueron secando. Todo se seca, la vejez es seca, toda el agua en mí se evaporó, mi piel se secó, las uñas se secaron, mi cabello se quiebra y se cae. El sexo sin secreciones. Seco. Hace tiempo que se secó completamente, una fuente sellada. La única diferencia es que un día, en el Nordeste, la lluvia regresa.

En la pantalla, el hombre del safari entró en su tienda y se acostó debajo del mosquitero, fumando tristísimo porque su amante (la mujer del amigo) se marcharía, era otra historia más de traición. Había sabido de tantas, empezando por Mariana cuando fue a pedirle que no se enojara con ella, que no la juzgara, ¡No te enojés conmigo, Mimi, pero estoy enamorada de Alfonso! ¿Cuál Alfonso, Mariana? Solo conozco a uno, el amigo de tu marido, ¿es el amigo de tu marido? Y los ojos de Mariana se abrieron como platos: amigo íntimo. Fue implacable, se defendió, Estás loca Mariana, loca de remate, ¿por qué por lo menos no escogiste a otro hombre, a un extraño? Y ella con expresión perpleja, Pero Mimi, ¿entonces no me entiendes? Uno termina enamorándose de los hombres de su mismo círculo. Alfonso se parece a mi marido, se parece a mí, tenemos los mismos gustos, frecuentamos los mismos lugares y un día uno se da cuenta pero ya es tarde. Es tarde, repetía sacudiendo la cabeza desilusionada, con el cabello aún castaño, con su color natural, fue en la vejez cuando se lo tiñó de rubio-ceniza. No me juzgues, imploró. La juzgué, sí, ¡y con qué dureza! ¿No sería pura envidia? Yo con mi sentimiento de superioridad. Desprecio. ¿Envidia, Dios Santo? Yo sentía envidia de su vida inquieta, imprevista, llena de acontecimientos, llena de pasión — ¿entonces era envidia? Mira que hiciste de las tuyas, le dije el otro día y ella se rio y su mirada se humedeció como si aún fuera joven, la juventud es humedad. Los poros cerrados reteniendo el agua de la carne jugosa, ¿a qué fruta recuerda eso, durazno? Que mordíamos y el jugo escurría cálido, ¿que mordíamos? Que otros mordían, ¿qué sé yo de esa fruta? Entrelazó las manos en el regazo. En esa oscuridad los guantes parecían tan blancos, como si nunca hubieran tocado nada. Cerró los brazos contra el cuerpo para no rozar el codo del hombre que se sentó en la poltrona del lado. Coma con las alas cerradas, decía mi mamá. Viva con las alas cerradas, podría haberle dicho. Sí, mi amor hacia Dios. Pero, ¿se le puede llamar amor a tanta disciplina, a tanta exactitud? Si por lo menos

hubiera entrado en un convento, hubiera ardido en las vigiliass, en los ayunos, dilacerando los pies y las manos en la piedad —¿qué pruebas di de mi vocación? Es la voluntad de Dios, solía decir mi mamá y yo seguí repitiéndolo, Es la voluntad de Dios, ¿habrá sido? ¿Qué sé yo de esa voluntad? ¿Puedo mejorar mi nota, profesora? Solo si el cuaderno está en orden, sin rayones ni manchas, forrado en papel mantequilla de color verde. Mantequilla con o sin sal, ¿Qué sé yo de ese río con sus desvíos? ¿Va a parar al corazón? El corazón, ¿él también se irriga en ese amor?

Abrió el bolso, sacó un pañuelo y se secó los ojos. A través del vidrio empañado de los anteojos presintió que la película ya llegaba a su fin y deseó ardientemente que se prolongara, ya no quería más la claridad, espere, estaba tan desaliñada, Dios mío, déjeme abotonarme la blusa y este cabello, ¿dónde está la hebilla? Tocó deprisa la solapa del abrigo, desprendió la camelia y la guardó en el fondo del bolso. Una lágrima le contorneó la boca, la secó, ¿cómo me fui a conmovier de esta forma? Como una vieja tonta, espere, estaba diciéndole que nuestra ciudad, Señor Director, que esta pobre ciudad —¿qué es lo que tiene esta pobre ciudad? Terminé hablando de otras personas, de mí, espere, vamos a empezar otra vez, sí, la carta. Señor Director: antes que nada y sobre todo. Antes que nada y sobre todo, Señor Director, Señor Director: Señor Director:

12

REFERENCIAS

Fagundes Telles, L. (2018). Senhor Diretor. En *Os contos* (pp. 152-163). São Paulo: Companhia das Letras.

¹ Original en portugués. Traducción autorizada por la editorial Compañía de las Letras.

SENHOR DIRETOR – En: Seminário dos Ratos, de Lygia Fagundes Telles. São Paulo: Companhia das Letras © by Lygia Fagundes Telles cedido por Agência Riff, 2018.

² Referencia a la película “El último tango en París” (1972), dirigida por el italiano Bernardo Bertolucci.

³ Gentilicio de San Pablo.

⁴ Versos del poeta brasileño Luís Caetano Pereira Guimarães Júnior (1845-1898).